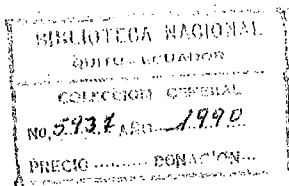


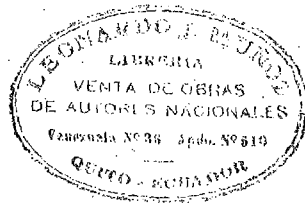
agonía
y
paisaje
del
caballo



0001228 - J.

Quito
Imprenta de la Universidad Central
1934

(18 poemas de José Alfredo Ilerena)



breve etopeya del brequero

Entre albañil, mozo de hotel o brequero, preferiste brequero.

Hijo de ladrón no íbas a resignarte a la mansedumbre de la plomada:
tus progenitores: un cuatrero, comerciante de caballos
y una lavandera que olía como una barraca.

Cuando se daba ella oía, a lo lejos, el suelazo del río.

Tu madre sopló como una rez cuando te sorprendió el primer frío del alba,
pero tenías ya músculos de ganapán y ojos de contrabandista.

Después un policía café acomodaba su burbuja en la extremidad de un calibre
y un bache negro alteró para siempre la cachaza del cuatrero.

Huérfano. Solamente tu madre te mandó a la escuela,
donde el ojo mate del director

se llenaba de legumbres y de pastizales;

tú le importunabas; "¿cuál será el capitán más bigotudo de la Tierra?"

A tus enemigos hacías rodar a zurdazos,
como diciéndoles: "Juan Raffles no es sólo una novela",
y tus ojos se volvían como los ojos de los paños en las aldeas.
Una tarde al volver de la escuela, tu madre estaba tendida sin saber contestar
el saludo,
y entonces tú dijiste: "ya se ha ido la pobre señora",
y apuntaste la fecha en la vicera.
Te fuiste, a pasos ordinarios, como si nada.
Ibas pensando: si albañil, mozo de hotel o brequero,
un oficio donde la muerte pueda caber en el ángulo de una escuadra,
donde el indulto de un galeote esté pendiente de un centinela dormido,
donde se pueda ser ladrón, detective o condenado a muerte.
A tu memoria acudió el negro que acompañó a Pizarro a la Isla del Gallo,
y el gangster del cine que sacrificó su Brasil a los ojos de una mecanógrafa.
Preferiste brequero; y al subir al vagón,
tenías los ojos ahumados para no encenderte la memoria;
te creías verdugo de Cristóbal Colón a las órdenes de Bovadilla
o espía de Juno en la tienda de un carpintero fenicio.
Y estabas, sobre el vagón, con renovado oxígeno.
La chimenea del tren echaba carbón sobre los pájaros.

Aspirando, mientras tanto, el agradable petróleo
sobrestimabas la torcaz que no volvió a tu guitarra,
la vieja compañía de tu guitarra
y los ojos fragantes que gastaba una moza en una covacha de fruta
Felizmente, nunca habías escrito una carta
para tener que recordar la queja que dormía debajo de una mancha
Los demás intentaban domar su pasión con un pañuelo.
Allí los hombres estaban apretujados como en las estampas de la tubía,
y esa hembra que temblaba hasta en la sal de sus muslos;
las bocas buscándose,
queriendo inyectar en un beso ese parénquima que cuelga la fruta en los juncos
del tututo.

Y todos los pañuelos espantaban los pájaros de un arbusto de humo
Un hombre fumaba la pipa para no llorar y para olvidarse de un retrato.
Brequero, tú sufrías por no tener a quien gritar:
"mujer mía, dame tu tierra para el arrullo de un niño,
quiero que me hiera el mismo amor que te está doliendo".
Alguna mujer hubiera dicho, al verte partir, mozo brequero:
dame tu fiebre, quiero morir de un grito,
quiero sentir un momento de agonía en el cuerpo.

Alguien te clamaba, desde el fondo del corazón en que ibas:
cuanto valen esos hombres que ven nublarse la tierra de pañuelos,
cuanto vale esa tierra que oye sufrir a los hombres.
Brequero, te odio porque tus ojos han ocultado su pañuelo.
Mientras tanto, el viento enfriaba los pernos
y el paisaje rodaba como una noche de naípe.
Que avanzado estaba el tiempo sobre un huerto de naranjos
y los pájaros estaban qué tiernos sobre las copas de los nardos.
Sierra ésta de los buenos hombres de la Sierra
donde cada uno ama a su mujer y a su dios.
(Prometeo, aquí no habrías podido rebelarte contra tu dios
porque él nos ha dado nuestra muerte, nuestro amor y nuestro odio).
Tierra ésta de las praderas de trigo
donde revienta el harina,
donde maduran los nidos,
donde las vacas amanecen, cada día, con los cuernos dorados.
Sobre los grandes sombreros de los indios había puesto su ceniza el cerro.
Brequero que pasaste por el puente de acero
donde murieron tantos indios y tantos cholos y ni un solo gringo.
Algún día los gusanos buscarán en tí la cofia de las raíces

algún día te impedirá gritar la misma ceniza del cerro.
Pasaste por los ríos vaticinando el destino de la garza,
al encontrarte con los astros te agarrabas de las cadenas del breque.
Bravo brequero,
nadie pudo atravesar a nado tu mirada:
ni esos que se llenaban los ojos con el vapor de las tempestades nítricas,
ni esos que entraron a presidio con la aleación del pecho decorada de huecos.
Tú sabes la táctica de ese capitán de artilleros que dirige el asalto en el seno
de la máquina,
la súplica de esa campana que llena de rocío todos los jardines del mapa.
Has aprendido la meteorología de la tristeza en los ojos de los pasajeros,
el calendario de las lágrimas en las yemas de una muchacha ciega.
Pegado a tu tren has superado las hazañas de tu padre,
sintiendo al rayo fundir las axilas del puente,
mirando abandonarse el río como el jugador a la suerte,
oyendo el temor de ese paisaje de surcos, suspenso del pedicelo de una manzana,
lactando ese paisaje de nieve pendiente de la agonía de una vaca.
Has superado las hazañas de tu padre cuatrero.
Cierta vez la tierra estuvo llana.
Cierta vez debajo de la tierra no veía los pájaros el brequero.

carta a mi hermanita

Hermanita:

Ahora, domingo, soy un escolar de doce años,
entre una familia de moscas, un montón de cuadernos y algunos recuerdos.
Está por demás decirte que las lágrimas se quedan antes de mis ojos
y que mi soledad se encuentra en todo el perfil de mi cara, en la pared, junto a
las moscas.

Hermanita: siento mi soledad,
no puedo decir donde se encuentra.
Si está en los veintidós años que acabo de recorrer este domingo, de noche.
Si acaso está en el patio de una hacienda botada, donde sólo viven las ventanas
o en una clase de Botánica, donde dijeron que las hojas son acorazonadas.
Como pudiera preguntar a mi vecina de ojos negros: ¿ha encontrado mi soledad
entre las cosas que usted guarda?
"Talvez su gato se la haya robado, de noche,

si es que pudo estar dentro de sus ojos".

"De otro modo cómo explicar que su gato se pase tan contento la mañana".

Vecina: usted tiene mi soledad en su anillo,

dígamelo, pues a quien pregunto

apenas sabe hablar de un conejo que murió en el jardín

y de una muñeca que se despierta y se duerme.

Hermanita:

mi soledad no está en esa petaca,

ni en esas nubes, ni en ese parque,

ni en los papeles, ni en la Historia, ni en el mapa,

ni en la clase de cosmografía.

Ah: Ya se. Ya se.

Mi soledad está en el camino que nos separa a los dos, hermanita,

razón desde el día que te fuiste, en ferrocarril, al otro flanco del mapa

no he podido botar este vacío que me encierra de tarde, de noche y de mañana.

Hermanita: te escribo porque quiero que acabes muy pronto con esta soledad

muy mala

y vengas a ver a tu hermano, un tanto distinto del de ayer.

Puedes decir a nuestra mamá que estoy volviéndome un hombre, como todos

lo advierten:

los calzones largos ya me quedan mejor que cuando recientemente me los puse;
puedes decirle que ya se fumar y escribir cartas, en secreto.
¿Qué haces tú de mañana?
Creo que no habrás olvidado la costumbre de rezar,
entre labios que tiene nuestra mamá.

ausencia

Madrecita: todos los ratos hago la contabilidad de tu ausencia,
hay un tren que hace, al mismo tiempo, el cálculo de otras ausencias
y pita las mañanas a la misma distancia del último sueño;
hay un tren donde estás tú, madrecita,
con un racimo de hortensias, unos ojazos y un pañuelo.

Un tren de clima claro donde tus ojos guardan la primavera de un huerto.

Ese tren, ante cuyas ventanillas sólo es dable pensar
en los pulmones de los criminales que fugan de la cárcel.

Hay un tren cuyas ventanillas viven como los pueblos nómades,
buscando un dios entre las rocas y los bosques.

Un tren cuyas ventanillas desconocen la existencia de las islas.

Un tren, en fin, que pita todas las mañanas.

Aquel en que tú fuiste un día, casi a la cola del año
a rezar por la salud de tu hijo en una provincia lejana;



él y yo y la almohada
no podríamos vivir sin los viajeros que parten cada mañana.
Madrecita: Debes estar en un lugar muy bonito,
adornado de gallinas, de casas chiquitas y de tierra sembrada.
Dios ha de parecer allí el dueño de la única casa con ventana.
Debes ir todos los días a consultar la hora al buey que trabaja.
Las cosas más graves de tu campo deben ser la acequia,
el recuerdo de tu hijo y el techo de la parva.
Ya sé que el arroyo es el único que escucha tu palabra
y donde quisieras lavar las noches pesadas de tu hijo.
Pero ya estaremos juntos
porque una ventanilla de tren,
cargada de golfos,
de defunciones y de comerciantes
sabr  traerte a este lugar
donde lloramos el reloj, el pañuelo, yo y la almohada
cada mañana.

canción de la edad y del sueño

Ahora estarás en tu casa, en tus sueños, solita!
Sumergida en los mecheros azules de la primavera,
muy cerca de los primeros sonidos y del polen primero;
en una infancia decorada con el amor de la madre,
con búcaros de Jonia, con baladas y cielo.
Ahora estarás escurriendo tu última inocencia
bien al fondo de ese odre donde te encerró un kalifa en la media noche del verano.

Y por última vez las formas de tu madre,
las formas de tu hermana casada,
el pecho de tu primo.....
por última vez estas formas.....
para tí no tendrán sentido;
y por última vez un remanente de agua pura

dentro de los ojos tuyos hace rodar su sonido.
Ya no amarás en tus ojos, como otra época,
una religión de ángeles azules.
Ya no buscarán tus manos únicamente la nieve, las plantas, el cielo.
Mañana quedará deshabitado tu cuarto de muñecas.
De hoy, en adelante, no fraternizarán contigo ese piano de goma con que
distras a los gatos del silabario
ni ese retrato, con barba negra, de tu difunto abuelo.
Nada. Ni pasearás un vestido de mariposa demasiado alto.

Después del sueño
podrás medir las intenciones del espejo,
y hallarlo parecido a la maestra de escuela cuando daba consejos.
Empezarás a comprender por qué la gente habla de recuerdos.
Te gustará mirar por las rendijas la soledad de tu padre.
Te arderá un clima nuevo,
un clima fuerte en el sitio donde las lágrimas envejecen.
Te gustará la risa de los transeúntes,
su alegría mezclada con vuelos,
con fragancias,

con huertos,
con distancias.

Te gustará en los hombres
una lumbre bonita, descansando al fondo de sus ojos.
Una lumbre que ha de perseguirte de noche
como te perseguían en la niñez los genios y las hadas.
Una lumbre que ha de quemar en tu alegría,
que ha de subir a tu voz,
que ha de encender la palabra tuya.

mujer de barrio

Una mujer realiza el asco del cielo
desde una ventana de su barrio.

Libélulas de sueño recogen sus ojos claros,
viajes de circunvalación, en sus manos.

Una mujer azul vive su vida colgada de unos ojos claros.

Sus rubíes están llenos de cartas marinas y viajes de Marco Polo,
y su dulce fisonomía de oro.

Y, sobre todo, hace la ternura de los pasajeros;

es como esa neblina de donde sale al mundo el mes de marzo,

como una diosa que no alcanzó en la sinfonía, repartida por una estación de radio,

Y, especialmente, trabaja, duerme y amanece en nuestro barrio.

Quisiera vivir de compañero suyo

y velar su alegría,

ayudar al silencio cuando duerme,

ayudar al sonido cuando canta
y al fuego cuando cuece.

Como quisiera vivir de compañero suyo,
adornando su piel con el arte del reno
y paseando unas orillas de lascas, conchas y bisontes.

hotel

para Alejandro Carrón

Se que hay quienes gustan la eternidad para pasarla con las manos en los bolsillos
y consumir un cigarrillo, espantando las nubes, en la oquedad de los cerros.
Hay otros, como yo que cualquier día desabotonan el chaleco en un parque
para desear un par de canciones en las pianolas del puerto;
que se quedan recordando las caras nobilísimas de los miembros del ayuntamiento,
echando el humo a los maceteros y la candela a la calle.
Alguien anda a pasos seguros, como un marincero retirado del servicio
y para quien es muy angosta la vida de la tierra.
Hay alguien como yo, botado para hacer compañía a los peatones.
Es cuando uno se fija en los perros y en los rieles vacíos
y añora la bombilla que apaga nuestros ojos en la media noche de la casa,

y se pone a dar vueltas en las esquinas haciendo una estadística de los retratos, y sin entender cómo Cristóbal Colón vino a parar en una de nuestras islas. La soledad comienza a entrar por los botones, lentamente, en forma de aguaceros hasta colgarse a mis cantos.

Soy un expedicionario que perdí la expedición: aún no conocíamos la brújula cuando íbamos en busca del marfil de la India y nos hacíamos amar de las novias botándonos desde los castillos.

Alguien llega a sitiarme, haciendo un despliegue sobre los portones.

—Chaplin debe estar profundamente dormido en Alaska—

Me ha cogido la noche, no precisamente entre leñadores sino bajo la torre a merced de los buhos y del lego que hace de campanero.

Nuestra casa se encuentra sin entrada y es preciso ir a un hotel;

El sueño empieza a llenar las balanzas en el laboratorio de un psicanalista.

Santa Teresa ha puesto una sonrisa en los labios del camarero

y hay una lista de viajeros de otoño en un libro que no tiene portada.

El timbre se va a escapar por la ventana

y el hotel va a recorrer los almacenes, buscándolo, en la madrugada.

Yo llamaré al camarero con el primer pájaro que pase sobre esta válvula de mis sueños

si es que llego a necesitarlo.

domicilio submarino

En qué galería de Aladino estarán tus muñecas.
En qué capítulo de Hierabrás serás tú la niña degollada
en rosas de Alejandría.
Tú estabas prisionera en un talismán de Turquía,
detrás de siete ríos y siete colinas,
de donde Roldán y mi amor te rescataron
pasando siete ríos y siete colinas.
Por eso tienes todavía esas manos de cristiana cautiva
y esas boyas de nácar de tus senos, robadas a una princesa enemiga.
En qué galería de Aladino estarán tus muñecas,
tus micrófonos, tus vagones, tus teléfonos de hilo.
Dónde estabas antes de inventar el espectro de la mariposa,
el soprano de los cuernos de caza,
tú que eres la preferida por el hada de los faroles,

por el emir que duerme al fondo de los botones de concha.
Dónde está tu niñez que hace falta una luna en el proceso de la rosa
y está vacía la cárcel del dragón en la romanza.
Donde estás que todo lo tierno del mundo se vuelve inverosímil.
Estarás de ayuda de lámpara en el departamento de una sirena,
o clavando rodrigones de nácar en el castillo de un equinodermo,
al fondo del agua donde no podría encontrarte
porque robaron mi campana de buzo unos contrabandistas de oxígeno.
Aquí, en la tierra, sin tí, el párroco pierde su filosofía
y en el jazz-band no hay esa partida de zingaros que cortaron
el cuello de una niña.
Estarás al fondo del agua:
mascota de los velódromos de concha en las olimpiadas marinas,
profesora de opereta en los aniversarios de los pólipos,
hermana de la caridad en una tribu de calamares.
Quisiera bajar al océano en tu busca,
a esperarte en uno de los puentes giratorios de las medusas.

Vacación del 34.

manifiesto

a Jorge Carrera Andrade

El zapatero ha llegado a su casa completamente incrédulo
precisamente esta noche en que voy a escribir un manifiesto para el pueblo.
Esta noche he pensado en lo trascendental que es un zapatero incrédulo
y en lo trascendental que es escribir un manifiesto para el pueblo.
Precisamente porque del último miting apenas conservo un menudo recuerdo.
Pero no hay inconveniente para que yo estudie la situación de nuestro pueblo,
ahora que por el puente se acerca la caballería.
Un hombre solo no puede penetrar en el pueblo
ni atinar la ciencia que los hombres sacan de la alcantarilla
ni quemar los retratos de Henry Ford con que se pavonea una vitrina.
Mas, nadie ha de negarme la posibilidad de que siquiera por una hora
yo alcance a sumarme al universal regocijo de la gente perdida.
Yo también quiero ocupar un puesto al lado de la gente perdida.

Yo también quiero una bandera
y una canción.
Yo quiero ser soldado a pesar de la idea de Dios,
a pesar del gobierno, a pesar de la caballería.
Quiero gritar en la plaza por la rebaja del trigo y del maíz.
Ya he dejado de ser ciudadano
y he dejado de tener vergüenza de andar por las calles como un carbonero.
Incluso estoy escribiendo un manifiesto para el pueblo.
Antes hubo autoridad, hubo justicia y hubo miedo,
pero ahora no deseamos esa autoridad, esa justicia y ese miedo.
He visto un juez metido en los ojos tranquilos de un carpintero
y he visto un buey que alimentaba a un hombre bajo el cielo.
Y he visto las haciendas desoladas y áridas
con una capilla, unas gallinas y un campesino ciego.
Y acaso hasta me doy la mano con un viejo recuerdo
y hasta me place la idea de que algún día seré un muerto.
Que me traigan una margarita que haya sobrevivido al siniestro,
que me traigan un retrato, una canción y un cuento.
Voy a publicar en hojas sueltas
la complacencia que me causa la idea de que algún día seré un muerto.

la yegua blanca y su potrillo

a fernando chávez

Un poco de agua iba por el lado de la casa,
los bueyes se mostraban al sol como en las estampas
y la tarde pintaba el gallinero de gallinas moradas.
El agua seguía por el lado de la casa,
el occidente se cubría de estrellas y de manzanas;
los honderos desde los cerros remataron la tarde a pedradas.
Los pastores, extraviados en el poniente,
con la bruma hasta la cintura
ensayaban trepar el arcoiris.

Por el lado de las campanadas
vino la yegua blanca.
Detrás, dando relinchos,



la potra castaña.

Se alejaban, a espaldas del día,
y eran desde el oriente dos aerolitos vagabundos
sobre la Tierra.

La yegua y su potrillo
se pararon en el agua,
en el agua mansa que iba por la casa,
y de los pájaros se bebieron su ángel de la guarda,
los árboles lo habían proyectado en el agua.

Desde entonces el arroyo hace más bien a las plantas
y las frutas ya están redondas a la madrugada.

Al arroyo van siempre
la yegua blanca
y la potra castaña
y se hartan del ángel de la guarda;
y cada vez más el arroyo
aumenta su caudal de agua.

poema del sur

a atanasio viteri

El Sur, El Sur!

El Sur, verde y maresco como los yantares de nuestros abuelos,
que cubre de valvas de nieve los granaderos de los cedros,
que llena sus tambores con el ladrido azul de los perros
y permanece arrollado en los puentes, como el olvido.

El Sur, El Sur.

El Sur, abigarrado de ictiosáurcos
y con ancianos de barbas cretáceas,
esparrancado de marinas orgías,
verde-morado,
epiccdio.

El Sur, de quien yo pregunto
cuántas hectáreas de pampa habrá sepultado en los ojos de la moza gaucha.

El Sur, triangulado,
desnivclado,
arisco,
supersticioso como un hortelano.

El Sur,
donde la siembra es evangelio
y la candela es la palabra;
el Sur de las canteras de cuarzo, el algarrobo y las palmeras,
donde se descuartiza el rubidio de los cerros
donde se hincharon los golfos de nuestras canciones navieras.

Zarpa el Sur,
Zarpa como una piragua
labrada con el mismo instrumental que la religión aborigen,
donde los ebanísteros han hecho de sus guitarras un lucro.
Zarpa el Sur
acribillado de medusas y con sus hongos de enero.

Hombres del Sur, hechos de cresta, dóricos, pliocenos.
Mujeres del Mediodía, tumultuosas, mareas,
mujeres con el instinto libre como el ganado de los cerros,
mujeres del Sur que encrespan faunas de estaño en los senos.

pelotón de cruces

a Jorge Guerrero

Comenzaron en la ciudad, de a 4 en fondo,
sus perfiles fueron recogidos por las mujeres del pueblo,
y ellos marchaban tan sólo por disimular las lágrimas
e iban dando volumen a sus cantimploras en la extensión del mediodía;
conforme se perdían los caminos iban quedándose más grandes
y las mujeres rodaban hacia Dios con los vientres repletos,
pugnando por olvidar sus ojos en todos los sitios
porque querían que en ningún lugar sobrase un poco de alegría.

Los niños advertían el alma, por primera vez, en el dintel de sus pestañas:
con las mujeres, con los perros, con las rayuelas peleaban por llenar las plazas
evacuadas.

Sólo la iglesia llenó de resignación el mismo ángulo de la plaza repartiendo a los feligreses, todos los días, las mismas golondrinas; en alguna que otra pieza quedaron la Virgen María y un cartucho de municiones y un hueco, en la pared, por el lado del bosque.

El río se apagó, pero, en cambio, se oían los pasos de los soldados.

Los pasos no querían apagarse con las tempestades,
los llanos no querían agotarse con los pasos,
los pasos no querían apagarse con los llanos.

Atrás se quedó el pueblo con la conciencia grávida y la emoción de los soldados,
atrás quedaron los silabarios sin la canción de los soldados,
atrás quedó la Iglesia sin la oración de los soldados;
lejos están los marineros,
lejos del pueblo sin soldados.

Los hombres van de a 4 en fondo, tal como comenzaron,
sus perfiles hacen altos y bajos como las cordilleras.

Dios sigue detrás de los pasos,
Dios va siguiendo a los soldados;
sabe Dios que se le van los hombres
porque sabe Dios que los hombres están vestidos de soldados.

En la margen del río susurran los abejorros y qué maduros están los maíces!

Las mulas empujan los cañones sobre la difícil línea del horizonte,
el último pelotón está formado de cruces y aún no ha logrado salir del último bosque,
pero ya hay soldados que han prendido su vista para siempre en el Norte
y hay otros que han cerrado los párpados de una seda suave, como el recuerdo.
Sobre esos ojos cerrados no volverán a caer las tempestades
y ya hay un río que pasa por la mitad del fuego, tranquilamente hacia los mares!

Las cantimploras se reducen.

La sed es inmensa para las cantimploras.
De orilla a orilla, se reparten el destino los soldados,
y alguien hay que no ha muerto, enseñando a la muerte apenas un retrato.

El pelotón de cruces recientemente ha salido del bosque:
se pondrá a distribuir el silencio a las fuentes,
se pondrá a distribuir la frescura a los bosques,
se pondrá a distribuir la paciencia a las flores.
Los pájaros seguirán apareciendo del Sur y del Norte,
las campanas seguirán creciendo aparte de los bosques,
las botas de los soldados seguirán multiplicando y multiplicando el tiempo,
las gentes se pondrán tiernas cada vez que repasen los recuerdos
y hasta sabrán llorar las mujeres, remendando las vidas de los maridos muertos.

De orilla a orilla se repartían el destino los soldados.

tiempo de paz

« en fin de la tarde »

No sabemos si los pelotones de soldados quisieron maravillarse, ante esos hombres que al retorcerse sobre su propio silencio les nacía la vida por los costados. Pero sabemos que la muerte caía en forma de nieve desde las cumbres de las lanzas y que los hombres se tendían como los aguaceros de las altas montañas y que florecían sus ojos en tiernas libélulas, tiernamente tempranas. Algo ha pasado entre los moradores de estas moradas, donde sólo vemos reír a las nativas hoces. Las hoces ríen con ese contento de los judíos que se mueren; porque los judíos se mueren contentos sabiendo que a su rey



le dieron una muerte, ciertamente heroica,
 pero que les hizo cojer la barriga de pena de verlo tan resignado y tan sincero!
 Mas, algo ha pasado con las moradas de estos moradores,
 parece que con ellos ha pasado
 ese capítulo de la Biblia donde están catalogados los suplicios
 —Ah, perdón, me equivocaba, en la Biblia sólo están los salmos de David—
 A juzgar por este aspecto delicioso de los hogares,
 en que cada uno de ellos tiene un crucifijo y ni un solo litro de agua.

Quería hablar de la paz
 a propósito de este agua tan clara que los peces se ven obligados a decir siem-
 pre la verdad,
 a propósito de un paracaídas que tiene justamente las mismas dimensiones del
 cielo
 y por lo cual, para bajar en él, hay necesidad de otro paracaídas.
 La paz es algo tan abundante, tan seguro y tan nuevo
 que todas las cosas suceden como si no sucedieran
 y hasta los hombres cuando mueren lo hacen a nombre de Dios.
 No importa si ignoramos las vidas de ciertos capitanes
 y la latitud en que cumplió sus 18 años un grumete,

si adivinamos que el mar está lejos de nuestra soberbia
y las algas azules retoñan en los ojos del marinero muerto.
Aquí en las calles y plazas de la tierra
es tan imperturbable la paz
que sólo oímos pasar los caballos,
oímos un viento que convoca a maitines a los vegetales.
Aquí en la Tierra se nos reparte un grisú silencioso
y cada día voltean las lomas los soldados
y las mujeres se quedan vacías en las casas
de los maridos que se hicieron soldados.

Ahora la Tierra nuevamente es cuadrada
y nuevamente es plana
pues los reclutas ocupan todas las arrugas del paisaje.
Aquí en la Tierra los horizontes están gastados.
Aquí en la Tierra nacen tiernas praderas de soldados.
Aquí en la Tierra los sembríos de cercales no son muy anchos,
aquí en la Tierra los gorriones no son muy altos,
aquí los ríos son escasos.
Aquí las lluvias y el ganado lanar casi no se conocen

y está definitivamente muerta la producción de zapatos.
Aquí lo único que abunda es la paz,
cuidadosamente guardada en unas mochilas
y unos calibres religiosos y mansos como el nivel del agua.

talismán

a olmedo del pozo

Las doce. Hora, en que camino inadvertidamente, con un placer oculto, igual a la fruta que nace, a pesar de la concurrencia del follaje. Sin que me importe la derrota de las avenidas, cuya gloria ensuciaron los rateros. Las ventanas han perdido la fragancia de los satélites para dedicarse a la vigilia del geranio. Pero esto en nada influye sobre mi ignorancia acerca de cuántos personajes no recogió la Historia, cuántos zafiros cruzaron por la mente de un joyero, cuántos pétalos cerraron las pupilas del botánico muerto. No se dónde nació el mecánico que desata la lluvia. Ni por qué ley en los telescopios nacen las algas del astrónomo. Pero es la hora en que calculo mi descanso, sin que me importen las leyes de la oferta y la demanda y teniendo en cuenta que la ventosa celeste ha perdido todo su poder; pues, seguimos pegados a la techumbre de un vagón que soporta todo el peso de la gloria de Newton.

señora

Usted tiene la conciencia tranquila,
es dueña de su andar;
en su persona,
todo es como la discreción a la nube,
como el calcio a las violetas.
Cumple usted sus deberes
y por eso encuentra de cuatro dimensiones la vida;
hace con su niño lo que el jardinero con la planta.
Usted no tiene que sortear el destino
si el destino no encuentra cabida en sus ojos azules,
si con sus cantos ha de dar el color de la ropa blanca,
si con sus ademanes han de nacer las flores en la casa.
Nunca ha sentido el ansia
por la parte de nácar que la bahía no alcanza,

ni quiere para sus sueños
el céfiro que mueve las gaviotas,
ni quiere para su andar
la ley que suma las olas.
Vive usted con el axioma del equilibrio.
Delante de su ventana
nunca pasó el agua gascosa
ni hablaron los transeúntes
de otra cosa que no fuera su felicidad doméstica.
Por eso, pegado a las barandas; frente a su casa,
me paso calculando el número de fibras del vestido
y pensando en mi buena fe,
tanta buena fe como la de los animales caseros.

la vida del mago

Si hubiera vivido Edison
en tiempo de los griegos
hubiera puesto un micrófono
en el despacho mismo de Zeus.
Entonces las musas
hubieran sido menos melancólicas:
pues, en las horas de descanso de Homero
habrían podido dedicarse al vals
o ir a ver en el cinema
una revista de Eddie Cantor,
donde se desmayan las panaderas.
Al vivir Edison en tiempo de Napoleón,
Napoleón no hubiera perdido la guerra;
pues, antes de entrar en Rusia

habría visto en el cinema
a Hindenburg en los lagos Masurianos.
Al vivir en la Edad Media
las princesas habrían podido
aprender a la Joan Crawford
a hacer gimnasia sueca.
Pero Edison ha vivido
para que las muchachas americanas
puedan pasar por los telescopios
y para que Buda
pueda desmayarse en las pantallas
y para que las nodrizas de los millonarios
puedan pedir a sus novios
que se disfracen conforme a los relatos de Poe.
Cuando Edison murió
hasta los banqueros de la Unión
dejaron correr una lágrima
y las bombillas se vistieron de una tristeza
como de vía láctea.

poema de mi salud

a alfonso cuesta y cuesta

Cada día sube mi tisis por las elevaciones.
Atrás: la Costa, cuya población evapora quinina por la piel;
la Costa, con sus médicos mulatos y sus mandolinas palúdicas,
y las aduanas, irregulares, tunefactas con la cifra de los bananos
y el kiosco japonés del mar
con sus mercachifles anaranjados.
Mientras subo, quisiera llevar en mi morral
las hopalandas negras
y las córneas visceras de los militares de la niñez.
Iría tranquilo hacia ese hospital de soledades
encumbrado sobre las poblaciones,
a cuestras, con mi sistema circulatorio;
sin dar importancia a los horizontes,
zalamero con los aludes que van a deshacer las poleas del bosque.

Desde la parte alta enseño las primeras letras a los retoños
y miro la Tierra, desprestigiada a causa de los mapas,
tan levantada, tan hendida, tan llena de baches.
Desde arriba, quiero distribuir mi bondad de físico
que aumentará el vapor de las ensenadas,
y recoger todo el frío de las tierras altas
en un termómetro que sólo mide el calor de las tierras bajas.
Luego, volver a los valles, grávidos,
llenos del tabaco de los despreocupados
y de las tiendas de licor extranjero
y de las edades que madurará la levadura del cacao
y de casas con colegialas de estuco
y lamparones malayos.

el almirante que envejeció en la tierra

Este momento un cabo de mar concluye en un lejano sur de mariposas,
donde estoy preguntándome
qué puede hacer un bisonte que se siente dueño de la osa mayor;
qué puede hacer el almirante de una tripulación sin océano,
sino pensar en los girasoles, en los urbanos dinteles, en las esquinas de la tierra.
Qué puede hacer, fuera de sacarle las insignias para canjearlas por canciones,
o enajenar la proa de su buque
a cambio de un onomástico de saucos en el calendario de los batracios
y pasearse por el suelo de las ciudades, sintiéndose dueño de un pedazo de es-
quina,
sintiéndose cerca del agua dulce que evaporan los cigarrillos en el cinema,
si de su pipa podían nacer Cristóbal Colón y sus carabelas.
En la tierra podía recordar con frecuencia
el nombre de aquel ladrón de joyas que se puso a rondar una estrella,
y de aquel otro mercader de buques que soñaba con recavar todo el volumen
negro de una tarde.

Quería estar lejos del mar,
lejos del agua de los erizos
y de los maceteros de neptunos acuáticos.

Quería olvidar que Wallace Beery se llevó la lente más grande del Saratoga,
con su muerte.

Hallaba mejor la vida a pocos pasos de las vitrinás,
a pocos pasos de esas señoras, de cuyos ojos nacen tempestades amarillas,
de esa que hizo con sus anillos una cosa parecida al delta del Nilo.

En los ojos del almirante
se ha apagado esa voz de "aguas arriba".
No volverá a viajar por los mares
ni querrá cambiar su sombrero de tierra por una isla.

agonía y paisaje del caballo

Quiero comer una bellota para festejar esta tarde de invierno (como si las tardes de invierno se festejaran comiendo bellotas); pues, declararé además, que dicho producto me es conocido sólo a través de ciertos libros escritos en estilo doméstico.

Por lo demás, y sobre todo en lo referente a cultura general, apenas hay diferencia entre un juez de parroquia y yo.

La parroquia me cortó las alas en muy temprana edad, truncando ésta, mi vocación de contabilista.

En cambio, soy un espléndido especialista en la cría de caballos.

Al caballo lo conozco, pieza por pieza, como quizá no lo conoce ni el mismo Criador.

Estoy seguro que sé, más que un general, en materia de caballos.

Los he visto crecer en los corrales, llenando la parroquia con ese olor de su orín que da vahidos a las campesinas solteras.

Esc orín sobre el que crecen las legumbres que exportamos a la ciudad y que se las comen los diplomáticos, los dandys y los profesores.

Ese orín que tiene sustancias bienhechoras para los tejidos,
a pesar de que es repudiado por las señoritas y por los políticos de la derecha
y que en cambio es codiciado por la Naturaleza y por los campesinos,
esperado por la tierra en el momento más feliz de sus estaciones.

Conozco mucho el vibrar del relincho

porque despertaba a los pájaros para que den noticias acerca de la noche anterior
y volvía prematura la caída de la manzana desde una de las perchas de la gravedad.

Al caballo lo he visto habitar en los bosques;
su relincho asciende por los vasos comunicantes del paisaje,
hena el subsuelo celeste del agua dormida.

He visto como se desbordaban
las glándulas de su dulzura,
cómo le manaba el sudor igual que a un jornalero
condenado a ley de la plusvalía.

El calcio de su osamenta ha sido gastado
por el gusano de la acumulación del capital:
nunca fue compensado su kilogramo de trabajo
por el correspondiente salario de frescura que reclaman sus vísceras

Y sin embargo, suda y suda como los labriegos
y como los labriegos voltea con el pesado pecho el liviano cerro.
Cuando en los cerros los jornaleros sacuden el carmín de la tarde
y cuando los latifundios se sepultan en azules mítines
y trémulos sacerdotes verdes hinchan el alma ritual del ganado,
el caballo esponja su menisco, su menisco espacial,
en el que tambalean las áreas del dorado cultivo,
del terreno cuyos cimientos son insuficientes para el peso de los granos de trigo,
del terreno cuyos reductos son escasos para las manos recogedoras del capital
del año.
El caballo apenas recibe el aire para sus fosas nasales y su escasa ración de
páramo
y con su corazón arrepentido por su amistad con el hombre promulga su re-
belde proclama:
yo lo he visto soltar sus boñigas en la cresta más alta de las cordillera,
lo he visto igualar con su galope las dificultades del relieve terrestre,
lo he visto otoñal y estoico doblarse para siempre,
regando en las eras la sangría azul de su muerte.
Nunca durante su sueño
iluminaron sus cencerros de alcohol los aparecidos de la noche,

nunca su sonido pudo alterar la vena más mínima del dormido caballo.
Con la misma crin actual hizo su galope por la prehistoria
en medio de los dinosaurios,
en medio de la nieve,
y de las multuosas mareas de helechos.
Cuando la Tierra arrojaba un fino carbón por sus bronquios
y sus vísceras eran molidas y rayadas por el olor de los diamantes nacidos,
el caballo pasaba ya, haciendo palidecer de sobresalto a los primeros fantoches.
También él ha salido perjudicado en el balance con el Señor,
pues, corre igual suerte que el hombre
a pesar de que éste ha usufructuado su generosidad.
Después, sobre su sacrificio hemos levantado la techumbre de la Historia
y los espolones de los museos
y las páginas de los libros
que hacen desmayar de amor patrio a los parlamentos;
sobre su sacrificio se han erigido los mayorazgos
y la numismática que adorna la fachada de los generales.
No hemos querido constituir un soviét para la defensa de sus postulados.
Al caballo lo heredamos, lo enajenamos, lo dedicamos al comercio,
lo imponemos nuestra moral, nuestra religión

y nuestra concepción del mundo.
Por eso forma parte del patrimonio individual,
es objeto de la importancia de los generosos,
es objeto y víctima de las contradicciones económicas:
en sus vacaciones ha intuido la liquidación de la democracia.
Pero, vive conforme a las normas de la propiedad privada,
de la nacionalidad independiente.
Por eso es manso, conforme a la palabra divina
y lucha y envejece dentro de los axiomas de la justicia,
pero transporta los obuses por entre los mojones de las fronteras
y sobre él los generales mucren, salvando a la patria,
y sus orejas sacudidas por los vientos alisios se riegan sobre la arena.
Gracias a él se aumenta la estatura de la lanza
y se da prisión a los bandoleros.
Quisiera que su libertad sacuda los estomas de la Naturaleza
y su carrera aumente el ciclo de pájaros de la selva
y su Dios sea el mismo del vapor caliente que bostezan las plumas de los árboles
y su muerte sea como el estío de un cubo de agua
y su eternidad dure como ese silencio que reina en el piso más bajo de los
termómetros.

